

FILOSOFIA Y MEDICINA PRESOCRATICAS

Por el Profesor: ANTONIO MARTINEZ ZULAICA

Explica Aristóteles en el arranque de su "Metafísica" que todos los hombres tienden por su naturaleza a saber. El ser es continente de sabiduría, en la intimidad de su contextura radica el innato impulso del conocimiento en acción, del dinamismo pensante. Por eso es filósofo todo aquel que se esfuerza en resolver las aparentes incógnitas de lo existente, la urdidumbre de lo que es realidad permanente o mutable, inmóvil o cambiante.

Sin embargo, no se tiene noticia de filósofos en un sentido estricto hasta siete siglos antes del nacimiento de Cristo; pese a que a la Historia de la Humanidad ya le habían salido barbas y el mundo se vio poblado de algunas florecientes civilizaciones orientales de sobra conocidas. Descartando los primeros pobladores de la Tierra —seres aún indiferenciados mentalmente, confusos eslabones grises de la cadena antropeide entre los primates y el "homo sapiens" de la escala de Linneo—, ¿por qué no se tiene relación de un filosofía prehelénica? La respuesta puede ser ésta: la actitud del hombre ante la vida es en principio de asombro —paulatino despertar de la nada—; tras la percepción viene la sorpresa; toda sorpresa es emotiva; pudiendo la emoción desencadenada poner en marcha el mecanismo del sentimiento, el del pensamiento, o, como es más común, ambos a la vez.

Cuando se agita la primera facultad humana la respuesta al asombro es de índole mítica o religiosa; en todo caso se trata de una reacción primaria, inmediata, simplista y acomodaticia. "Algo sucede —piensa el hombre—, alguien desconocido e inmaterial gobierna los fenómenos; imaginémos un "autor" y pidámosle que su omnímodo control sobre las cosas no nos perjudique, que sea bondadoso con nosotros".

En la segunda actitud, cuando lo que se excita ante el asombro es la facultad del pensamiento, la respuesta es mediata, reflexiva, intelectual y, en principio, resolutive. Ya no se anhela como anteriormente que las cosas

sean tan solo ingobernables y caprichosos "poderes" regidos por otro inexcrutable y más caprichoso "magno poder"; sino que se aspira a conocer el "ser de las cosas", saber "por qué las cosas son", por qué son "entes" y tienen vida propia.

Percibir racionalmente que las cosas son y gozan por tanto de realidad, que son entes verificables, es un basamento mental que paradójicamente no tiene antecedentes históricos hasta la época presocrática. Despojarse del miedo, de la emoción embriagadora y del convencimiento de lo sobrenatural, ultrafísico e inabordable, es decir, en la liberación de la mente, en el pensar en las cosas como entes naturales, sujetos también a leyes naturales y gobernables por el hombre, están sustanciados los principios comunes de la filosofía griega. Pero nunca se estimará en su justo valor la universalidad del pensamiento helénico. Tan radical y trascendente fue esta filosofía, tan precoz y expansiva su irrupción, que el mundo, traumatizado por este desbordamiento de la razón manumitida, torna en el Medioevo a una filosofía teológica —mejor digamos: a una teología filosófica—, en la que el pensamiento y el sentimiento caminan entrelazados, fraternales, por obra y gracia de Agustín de Cartago, Anselmo de Acosta y Tomás de Aquino. Es más, tras los atisbos de protesta de Scotus, Ockam y Bacon, pretendiendo en la agonía escolástica asistir al divorcio de la filosofía y la teología, se aboca a un Renacimiento que desde el prisma metafísico no aporta más que evidente buena voluntad de reivindicación platónica. En todo caso el Renacimiento es apenas un "reconocimiento" de la herencia clásica acumulada en la Magna Grecia. Nada nuevo bajo el sol deslumbrante del pensamiento. Por eso también el repunte médico en el "cincocento" se constriñe al progreso anatómico y quirúrgico; Andreas Vesalio y Ambroise Paré frente a un ambiguo, dualista, nebuloso y vacilante Theophrasto von Hohemheim, indefinido precursor alquímico de una fisiología en ciernes, puertas sin goznes para la grandeza de William Harvey. Imposible el perfeccionamiento de esta rama de la medicina sin el previo desarrollo de una filosofía física que no acontece hasta Descartes.

Partiendo del mundo considerado como naturaleza —principio de donde emerge toda realidad concreta— y de las variaciones o mutaciones de las cosas de ese mismo mundo cósmico, por fuerza las enfermedades constituyen constante preocupación para los primeros filósofos griegos. El hombre y el mundo; el mundo es cambiante y el hombre es parte de ese mundo; la asambrosa "natura" influye en ese minúsculo microcosmos que es el hombre; un razonamiento crítico establece la interrelación. La enfermedad es un fenómeno desagradable, pero natural. Nace una nueva medicina, tan radical y trascendente como la filosofía que la interpreta.

Todos los filósofos griegos fueron médicos o dejaron la indeleble huella de su impronta en la medicina. Jamás ésta caminó tan hermanada con la filosofía. Los presocráticos, por su parte, modelaron una física con métodos filosóficos. Despojados de la inquietud filosófico-histórica y de la teogonía mítica, se encuentran ante una realidad cósmica que en ciertas condiciones perturba el organismo. ¿Qué es todo esto? ¿Cómo puede saberse? ¿Por qué medios se puede "poder saber"? Es aparentemente sencillo: desabrigándose de temores, arrojando a la hoguera la leña reseca de la teocracia mítica y arropándose por último de raciocinio y serenidad.

Medicina y Filosofía surgen excéntricamente con respecto a Grecia. Primero en las urbes de la costa oriental egea, luego en el sur de Italia, para acabar centrándose en el mismo corazón de la fastuosa Atenas. ¿Qué resta de la medicina y filosofía anteriores? Un nostálgico recuerdo histórico. Mas aquellas todavía se utilizan como trampolín especulativo, como germen argumental de la ciencia contemporánea. Nadie podrá prescindir de Hipócrates o de Aristóteles —a su vez estos no pudieron prescindir de los filósofos presocráticos— si pretende urdir nuevas texturas científico-médicas o trata de esquematizar un nuevo estilo de vida. Con ellos o contra ellos, pero siempre en torno a ellos. Posición similar a la de los movimientos religiosos con respecto a la constante de Emaús o a la del Derecho Internacional con respecto al humanismo teológico del padre Vitoria.

Tales de Mileto inicia en la Jonia el indivisible binomio filosofía-medicina. El agua es el principio de todas las cosas reales de la naturaleza. En su interpretación cósmico-física quizá vaya demasiado lejos al aventurar la hipótesis telúrica de presumir a la tierra flotando sobre las aguas. Subestima tan solo su constitución real, su interpretación física. Las plantas crecen con el riego, los animales perviven con el agua, donde la lluvia es parca se originan los desiertos, la vida es densa en la costa y las riberas. Nuestro hombre no era un homérico, ni le satisfacían el asclepiadismo, los semidioses, las abluciones purificadoras, los onfalos o el incubismo en los templos de Esculapio y Asclepiades. La cosmogonía de Mileto es una “physis”; y, en principio, el agua como origen y fin de todas las cosas, permanente substancia modeladora y energética; la que tampoco es una “emanación” divina, sino que es por sí sola “ella misma”. Por consecuencia, su medicina es también física; la enfermedad es interpretada como una perturbación de los líquidos orgánicos, trastorno en las proporciones de humedad o desequilibrio con los sólidos. La terapéutica sigue en sus normas esta concepción patológica. Sin duda, Tales de Mileto coloca la primera piedra para el futuro y más complejo edificio humoral pergamiano. Y cuando en nuestros días hablamos de deshidratación, edemas y anasarcas en las historias clínicas, justo es rendir merecido recuerdo a este augusto y preclaro personaje griego.

Prosigue la línea presocrática Anaxímenes —no en rigor cronológico—, discípulo de Anaximandro, quien a su vez fue sucesor en Jonia de Tales de Mileto. Anaxímenes otorga al elemento “aire” la categoría física de principio de la naturaleza. Intuye que el agua miletiana es demasiado “específica” para ser incubadora de transformaciones. Heráclito pensará después que la verdadera versatilidad substancial estará en el fuego. Del aire nacen los entes reales y al aire retornan cuando se corrompen. Enrarecido, se transforma en fuego; condensado, en nubes, agua, barro, tierra, rocas... y así sucesivamente, según su progresiva facultad de concreción, de incremento de la densidad. En cuanto a la patología filosófica y la consecuente terapéutica de Anaxímenes participan como componentes del cuerpo humano estos cambiables elementos. Y empieza el rumor histórico de una epidemiología gobernada por el aire macrocósmico; prolegómenos de “Los Aires, Aguas y Lugares” hipocráticos. Después de esto, un largo y triste silencio hasta Fracastoro.

Anaximandro, aunque adepto a la “physis”, inyecta de indeterminismo la galaxia filosófica presocrática. El mundo físico es un “ápeiron” indeterminado e ilimitado —no en el sentido matemático—, que asombra por su grandeza tanto como por su monolítica singularidad, por su unívoca entidad como fuente de todo crear y destruir. Ente cósmico que, por disgregación, se fragmenta en múltiples pequeños entes, unos positivos y otros negativos. Son a modo de “contrarios” estableciendo un juego vital entre sí, provocando su proporcionalidad el equilibrio de la salud y su desproporción la discritmia fisiológica. ¿Su aporte a la ciencia médica? La terapéutica de los “contrarios” con la de los “similares” estuvieron en tela de juicio en todo el decurso de la Historia de la Medicina. Si hemos de ser sinceros, las relaciones de Anaximandro con el pasado son más coherentes que con el futuro. No en vano la filosofía médica jónica mamó abundantemente de las urbes de la filosofía oriental. Y en este tercer médico presofístico el nexo se evidencia en la similitud de sus “contrarios” en el “Yin” y el “Yang” celestes de Chi Po, genio de la acupuntura y médico de cámara del emperador Huang Ti.

Algo es incontrastable; Tales de Mileto, Anaxímenes y Anaximandro, urgan con más o menos clarividencia en los fenómenos físicos cuya interpretación es indispensable para la creación del posterior edificio biológico. Considerémoslos como engarce entre el pasmo filosófico de la etapa pericliana y los vacilantes escauceos metafísicos eurásicos y euroafricanos. Su mérito fue dar a los repuntes empírico-míticos y sacerdotales sumerios, babilonios, egipcios, índicos y chinos, un barniz racional, un tinte inquisidor, indagativo, especulativo también. No lo resolvieron todo, pero, al decir de Huxley, fueron “una de las indicaciones esporádicas de un poderoso fermento mental en la totalidad del área que estaba comprendida entre el mar Egeo y la parte Norte del Indostán”. “Es significativo —agrega en otras fuentes el historiador médico Fielding H. Garrison— que a lo largo del paralelo 35 de latitud norte encontremos casi simultáneamente en cuanto al tiempo de Zorocastro, Confucio, Buda, Tales de Mileto y Pitágoras”.

La escuela pitagórica del mediodía itálico orienta su filosofía más hacia un estilo de vida ideal para el hombre —habitual maña filosófica post-socrática— que hacia una interpretación física de la naturaleza. Pero su interconexión con la medicina es indiscutible. Las necesidades del cuerpo esclavizan al hombre; es preciso liberarse de estas necesidades; el éxito se alcanza domeñando al cuerpo sin perderlo. Una vida de “entusiasmo”, de suficiencia, de limitaciones, de “espiritualidad”, ¿no es acaso similar a una vida higiénica, de autodomínio, de régimen? ¿No se descifra en esta actitud un escorzo de la moderna autoterapia en las curaciones por el espíritu o de la terapéutica sicosomática contemporánea? La escuela pitagórica dedicó gran parte de su tiempo al estudio de la medicina; directamente en la interpretación fisiológica y en los fenómenos de la procreación; indirectamente, con la doctrina de los números —los números son “esencia” de los entes, y estos “imitación” de los números— sobre la que se apoyó Hipócrates para sus tesis sobre las crisis, los humores y la “natura medicatrix”.

Alcmeón de Crotona, discípulo de esta escuela, el más preclaro médico anterior al Padre de Cos, regaló en su “De la naturaleza” abundantes juicios para que el “Gigante Griego” elaborara parte del “Corpus Hippocra-

ticum". Por eso no es estrictamente justo suponer a la falange pitagórica como excesivamente preocupada por la aristocracia humana y la "aequanimitas" del sabio en detrimento de la pasión por la "physis". Si fuera así, Alcmeón no hubiera llegado a ser nunca el primero en practicar disecciones anatómicas, ni hubiera proclamado que la experiencia médica se conjuga perfectamente con el razonamiento filosófico. La "isomía" de Alcmeón se inspira en la armonía de Anaximandro y prepara el terreno a Empédocles para que éste a su vez inspire el magno alumbramiento de la patología humoral. Algo más que transmigración o metempsicosis contenía la doctrina pitagórica cuando el filósofo-médico de Crotona, en un alarde de intuición preempedocliana, definió la doctrina de la salud como un equilibrio, y la enfermedad como la preponderancia, el predominio o "monarchia", del frío, el calor, la humedad, etc. El casi mítico Alcmeón descubrió también el nervio óptico y la trompa de Eustachio, aclaró por otra parte ser el cerebro el asiento de las sensaciones y centro de toda vida intelectual, contrariando a los que antes y después que él conferían estas cualidades al corazón. Distinguió también en el cadáver las venas de las arterias, elucubraba acerca del sueño y la muerte, y hasta regaló argumentos para el futuro concepto de la predisposición individual. En suma, de haber sido alumno y miembro de una escuela filosófica tan solo atenta a la embriaguez órfica, al sectarismo vegetariano, al culto de Dionisio, a la política, al porvenir del alma en el transmundo; es decir, de haber pertenecido a una escuela sin preocupaciones acerca de la física de las cosas, desinteresada en la busca de la verdad, la trayectoria fisiológica de Alcmeón no pasaría de ser una solemne mentira, un consumado error histórico. ¿Cómo es posible un río sin arroyos? ¿Una fisiología sin filosofía racional?

Con el eleático Parménides la filosofía anterior, cosmológica y física, se transforma en ontológica y metafísica. Acontece la preocupación y la necesidad de saber no ya de las cosas como tales cosas, sino de ellas en cuanto "son", es decir, en cuanto son "entes"; y también caldea la inquietud de definir el sistema por el cual se pueden interpretar estos últimos, que no es para Parménides otra cosa que el "nous", más tarde latinizado como "mens".

A tal grado llega la alta especulación metafísica parmenidiana, que ella aparece como la despensa aristotélica. Las consecuencias de este quintaesenciamiento del raciocinio son previsibles en cuanto atañe a la medicina práctica: ella sufre un marasmo por cuanto el filósofo de turno niega la movilidad y generación del ente físico, que si parece no ser o actuar como él lo dice, es por falsa apreciación sensual, por un reflejo de la "opinión". Dado que para Parménides el ente es inmóvil, "la física es imposible desde el punto de vista del ser, y, por tanto, de la filosofía. La física es la ciencia de la naturaleza, y la naturaleza es el principio del movimiento de las cosas naturales —como habían enseñado los predecesores presocráticos—. Si el movimiento "no es", no es posible la física como ciencia filosófica de la naturaleza". La anterior es la opinión de Julián Marías en su *Historia de la Filosofía*, donde se aclara sustanciosamente la incompatibilidad última entre estos métodos del pensamiento y la evolución del concepto biológico desde el ángulo dinámico. Aristóteles le correspondió años más tarde la histórica responsabilidad de resolver esta ecuación con eficiencia; mientras,

como decíamos antes, la medicina sufre el colapso provocado por la compleja visión del genial eleático.

Con el "Oscuro Heráclito" sucede otro tanto, ya que sigue la trocha parmenidiana. No colabora a la eficiencia de la medicina práctica, ni apenas a la teórica médica, por cuanto se empecina también en la inmovilidad del ser y en las independientes radicalidades del movimiento y la multiplicidad. Tan ontológico y metafísico como el anterior maestro, su complejidad filosófica proponiendo substituir el absoluto particular por el absoluto universal y considerando a la sucesión fenomenológica cósmica como un solo ente llamado devenir —única realidad permanente, "todo en este mundo corre"—, es de tan abstracta especulación que no pudo fecundar en ningún beneficio patológico ni terapéutico. Ni siquiera es aplicable a la medicina su concesión a regañadientes de grado físico al elemento fuego, lo que confirió en razón de su variabilidad, fugacidad y mutabilidad. De imaginarse una patología orientada por Parménides, sería en función de considerar a la enfermedad como algo ajeno al enfermo, un ente que roza pero no se combina con el ser, ya que éste, compacto, reactivo, es inmune a toda invasión.

Si la medicina debe parte de sí misma a alguien, este alguien es Empédocles de Arigento. Este sabio, que enseñaba filosofía por Sicilia y el Peloponeso a un tiempo que hacía curaciones, recogió de las ideas de sus predecesores lo más significativo, prometedor y trascendental: de Tales, el principio del agua; de Anaxímenes, el elemento aire; de Heráclito, el ente fuego; de Parménides, la idea del ser inmóvil; y del mismo Heráclito la tesis del devenir cambiante. Empédocles se propuso articular aquel ente inmóvil con la mutable multiplicidad de las cosas; encontrar, a fin de cuentas, solución el desperdigamiento filosófico que se había iniciado con Parménides; conciliar, en suma, la física con la metafísica, que es tanto como procurar una filosofía práctica, utilitaria, operante e influyente en las ciencias.

En su "nous" elabora los cuatro elementos tradicionales: aire, fuego, tierra y agua. Ellos son las raíces de todas las cosas y articulan al ser inmóvil con la realidad cambiante. La esfera humana de Parménides, compacta, sin huecos de no ser, se convierte ahora en una esponja que admite estos elementos. El hombre se mezcla con la naturaleza y ésta con el hombre. Los cuatro elementos empedoclianos se entienden como no generados y no corruptibles; todo proviene de ellos, todo lo que fue, lo que es y lo que será. El cuerpo humano contiene estos elementos, dependiendo la salud y la enfermedad de su equilibrio o desproporción. Con esta tetralogía física ya es posible una patología y una terapéutica más racionales. Galeno se ocupará de ellos, claro es, marginando para ello toda influencia del dualismo empedocliano acerca del bien y del mal. Arturo Castiglioni nos aclara la política ideativa de Empédocles acerca de este último tema: "La unión de los elementos que determina la generación y toda otra forma de vida, la justa mezcla o la desproporción entre ellos, deriva de dos principios, uno exterior, la discordia, otro interior, la amistad. Este es el fundamento dinámico de la fisiología de Empédocles: con la acción de la amistad los varios elementos se unen y constituyen una unidad; bajo la acción del odio la misma unidad se desune y da origen a otros elementos. Así las dos fuer-

zas motrices y esenciales son antagónicas en los tiempos. Las cosas vecinas o semejantes, por analogía o por amistad se atraen: a través de los poros del cuerpo las emanaciones de las cosas externas penetran en el organismo: el aire penetra en los pulmones y en los poros, y la respiración, según Empédocles, se efectúa no solamente a través de los pulmones, sino también a través de la piel. La sangre es la portadora del calor animal, el corazón es el primero en formarse en el feto. Los fenómenos biológicos son explicados conforme a esta doctrina que hace depender el juego de substancias bien definidas, del dinamismo de las fuerzas motrices". "Empédocles fue el primero que ofreció una visión completa, racional y totalmente nueva del mundo, imaginándolo oscilante entre dos principios extremos, contenido por ellos y de ellos continente". "Parece aventurado afirmar, como hicieron algunos de sus biógrafos y admiradores, que en su doctrina de los elementos exista no solo el fundamento de la patología humoral, lo que es indiscutible, sino en otras concepciones el germen de ideas que podemos considerar modernísimas. Así, en su afirmación de que los seres vivientes están compuestos de órganos que sucesivamente se unen y que no pueden mantenerse vitales y procreadores sino cuando derivan de combinaciones perfectas, se vio el germen de la teoría darwiniana sobre la supervivencia de los más fuertes en la lucha por la existencia (Neuburger), o se consideró la teoría empedóclea según la cual mediante la emanación de partículas minutísimas a través de los poros se practica el cambio entre substancias exteriores y el organismo y viceversa, como correspondiente a la doctrina de la endosmosis (Puccinotti). Es cierto, sin embargo, que fue un fisiólogo genial y que si bien algunos fenómenos fueron entrevistados imperfectamente se revelan en él aptitudes superiores de observación y raciocinio".

Con Anaxágoras y Demócrito se completa el cuadro panorámico de la filosofía médica presocrática. El primero subdivide los cuatro elementos en infinitas partículas, siempre divisibles, y que él llama "homeomerías". En la parte más minúscula de cada cosa hay partes pequeñísimas de todas las demás. Demócrito, todavía eleático, acaba disgregando con Leucipo a un mínimo común divisor el ente de Parménides, hasta lo indivisible ciertamente. Átomos con formas y propiedades derivadas de esas mismas formas; átomos que revolotean, rebullen y se engarzan. Julián Marías lo llama "ente pulverizado de Parménides"; y dice "que es el primer intento formal de materialismo declarado; todo, incluso el alma, está compuesto de átomos". Las patologías tisular, celular, bioquímica y atómica, se presumen supuestas en estos últimos filósofos presofistas.

Hemos caminado entrecortadamente por un mundo en el que la filosofía no pudo estar separada de la medicina, por una etapa de la historia en la que la razón gestó una técnica patológica balbuceante, pero técnica a fin de cuentas. En nuestros días la parcelada ciencia hipocrática se atomiza y materializa peligrosamente al tiempo que se desintegra la visión panorámica. La especialización médica, necesaria pero absurda, deshumaniza al profesional; la minúscula parcela impide con su floresta la total visión del paisaje. El enfermo percibe en su intimidad que se le olvida, que se le desprecia. Apenas vemos en él un recipiente encerrando miles de constantes que se agitan, un problemático disturbio bioquímico, un continente de electrolitos, proporciones isotónicas y radioisótopos. El hombre que padece una

enfermedad ya no es motivo de inquietud, inquieta tan solo la enfermedad que tiene el hombre, la antitoxina para su toxina, el antifermento para su fermento... El futuro de la humanidad doliente se torna cada vez más sombrío y proceloso ante la escasez de médicos filósofos. La enfermedad como "ente" superó al hombre como "ser". La medicina humana avanza desliziéndose por el más irracional destino, dando traspies también hacia la más angustiada meta. Día llegará en que la medicina vuelva sus pasos en busca de lo que perdió: la raíz filosófica, único sistema para conocer la verdadera naturaleza del hombre como ser portador de valores eternos. Ruge la técnica en la inextricable selva de la ciencia contemporánea, pero ¿no percibís en este rugido un catacústico y doloroso clamor de angustia? Sin filosofía desaparece todo resquicio de esperanza.

